

apoyaban en dos hechos para autorizar aquellas mentiras. Cuando Bonaparte llamó á sí los dos cuerpos de Joubert y Bernadotte, que había mandado pasar el uno por el Tirol y el otro por la Carniola, había dejado descubiertas sus alas; pero Joubert aunque batió y repelió á Kerpen mas allá de los Alpes, había dejado á Laudon en una parte del Tirol, desde donde volvió muy pronto á aparecer este sublevando toda la poblacion fiel de aquellas montañas y bajando luego al Adige para dirigirse contra Verona. El general Servier¹⁵ á quien se había dejado con 1,200 hombres para guardar el Tirol, se iba retirando paso á paso sobre Verona á refugiarse cerca de las tropas francesas que habían quedado en la Alta Italia. Al mismo tiempo otro cuerpo de igual fuerza que había quedado en la Carniola se retiraba delante de los Croatos que se habían sublevado como los Tirolese, y se replegaba sobre Palma Nova. Eran sin duda insignificantes estos dos hechos, y el ministro de Francia Lallemand se esforzaba por demostrar al gobierno de Venezia su poca importancia para evitarle nuevas imprudencias; pero todos sus ratiocinios eran inútiles, porque mientras Bonaparte obligaba á los plenipotenciarios austriacos á venir á tratar con él en su cuartel general, se esparcía y se creía en Venezia que estaba batido, envuelto y que iba á perecer en su loca intentona.

El partido enemigo de los Franceses y de la revolución, á cuya frente estaban la mayor parte de los miembros del gobierno veneziano, se mostraba mas exaltado que nunca, sin que pareciese tomar en ello parte el mismo gobierno. Pero donde mas agitacion había era en la misma Verona, cuya ciudad la mas importante de los estados venezianos, era tambien la mas espuesta al contagio revolucionario, porque venia inmediatamente despues de Salo en la línea de las ciudades insurreccionadas. Tenian mucho empeño los Venezianos en salvarla, y echar de allí á los Franceses, estimulándoles á ello asi las disposiciones de los habitantes como la afluencia de los montañeses y la aproximacion del general [Laudon. Ya se encontraban allí algunas tropas italianas y esclavonas al servicio de Venezia y se mandaron acercar otras nuevas, de suerte que muy pronto quedaron interceptadas todas las comunicaciones con las ciudades inmediatas; y el general Bailland que mandaba en Verona la guarnicion francesa se vió separado de los demas comandantes que había en las inmediaciones. Mas de 20 mil montañeses inundaban la campiña y los destacamentos franceses eran atacados en los caminos, mientras que los capuchinos predicaban al populacho en las calles, y hasta se llegó á esparcir una orden falsa del podestá de Verona, en que se escitaba á la

matanza de los Franceses. Era ciertamente falsa aquella orden, y solo con saber que aparecia firmada por Battaglia, era suficiente para probar su falsedad, mas no por eso dejó de contribuir á calentar las cabezas. Ultimamente un aviso comunicado por los corifeos del partido en Verona anunciaba al general Laudon que no tuviera inconveniente en acercarse porque se le entregaria la plaza. Ocurrian todas estas cosas en los dias 15 y 16 de abril en que no se sabia nada de Leoben, y en efecto parecia el momento mas propicio para un esplosion.

Estaba muy alerta el general Balland, y habia dado orden á todas sus tropas para que se retirasen á los fuertes á la primera señal, sin dejar de reclamar de la autoridades venezianas contra el mal trato que se daba á los Franceses, y sobre todo contra los preparativos que veia hacer. Pero solo consiguió palabras evasivas sin ninguna satisfaccion real, y asi escribió á Mantua y á Milan pidiendo socorros, y estaba preparado para encerrarse en los fuertes. El dia 17 de abril, que era el segundo de pascua se notó en Verona una agitacion extraordinaria, entrando muchas bandas de paisanos que gritan *mueran los jacobinos*. Mandó Balland retirar sus tropas á los fuertes sin dejar mas que algunos destacamentos en las puertas, y publicó que al primer acto de violencia arrui-

naia la ciudad. Pero á cosa de medio dia se oyen algunos silvidos por las calles, y precipitándose sobre los Franceses aquellas bandas armadas, acometieron á los destacamentos que guardaban las puertas, y sacrificaron á los que no tuvieron tiempo de llegar á los fuertes. Corrian algunos feroces asesinos contra los Franceses desarmados que por sus funciones permanecian en Verona, y despues de darles de puñaladas los arrojaban al Adige. No respetaron siquiera los hospitales y se saciaron en la sangre de algunos enfermos. Sin embargo todos los que se podian escapar y no habian tenido tiempo de llegar á los fuertes, se metieron en el palacio del gobierno, donde les dieron asilo las autoridades venezianas para que no apareciese que la matanza era obra suya. Ya habian perecido mas de 400 desgraciados y la guarnicion francesa pateaba de rabia al ver degollados á los Franceses y flotando sus cadáveres en el Adige, por lo cual mandó al instante el general Balland inundar la ciudad de balas estando en su mano reducirla á cenizas. Pero si bien esto importaba muy poco á los montañeses forasteros, no asi á los habitantes y los magistrados venezianos que asustados de las consecuencias, quisieron parlamentar para salvar la ciudad, y asi enviaron un comisionado al general para que se entendiese con él y evitar el desastre. Consintió el general

Balland en oír las proposiciones con el objeto de salvar á los infelices que se habian refugiado en el palacio del gobierno, con cuyas vidas amenazaban vengar todo el mal que se hiciese en el pueblo. Había entre ellos varias mugeres y niños que pertenecian á los empleados en la administracion y muchos enfermos que habian huido de los hospitales, é importaba sacarlos del peligro. Pedia Balland que le fuesen entregados inmediatamente, y que se hiciese salir de la ciudad á los montañeses y los regimientos esclavones, que se desarmase al populacho y se le diesen en rehenes algunos magistrados venezianos como garantes de la sumision de la ciudad. Solicitaban los parlamentarios que viniese un oficial al palacio del gobierno, y en efecto aceptó aquella peligrosa comision el valiente gefe de brigada Beaupoil, quien atravesó por entre las oleadas de aquel furioso populacho que queria hacerle pedazos y llegó por fin á presencia de las autoridades venezianas. Toda aquella noche se pasó en discusiones inútiles con el proveedor y el Podestá sin poder entenderse, porque ni se queria desarmar ni dar rehenes y se solicitaban garantias contra las venganzas que el general Bonaparte no dejaria de tomar contra la ciudad rebelde. Pero durante aquellas conferencias no cesaban de disparar las hordas furiosas que habian invadido á Verona, á pesar

del convenio hecho de que cesaria el fuego, sino que se tiroteaban contra los fuertes, y nuestras tropas no dejaban de hacer salidas. Al dia siguiente por la mañana, 18 de abril, volvió á entrar en ellos el gefe de brigada Beaupoil en medio de los mayores peligros sin haber conseguido nada. Súpose que no pudiendo los magistrados gobernar aquella multitud furiosa se habian escapado, y volvieron á principiar los tiros de fusil contra el fuerte. Entonces el general Balland mandó pegar fuego á las piezas y disparó á bala rasa contra la ciudad principiando ya á incendiarse algunos barrios. Algunos habitantes principales se reunieron en el palacio del gobierno para tomar la direccion de la ciudad en ausencia de las autoridades, y se parlamentó de nuevo, conviniendo en no tirar mas; pero tampoco se cumplió por los insurgentes este nuevo convenio sino que continuaron disparando. Ademas de eso los feroces paisanos que cubrian la campiña se arrojaron sobre la guarnicion del fuerte de la Chiusa y la degollaron, haciendo lo mismo con los Franceses que estaban esparcidos en las aldeas al rededor de Verona.

Pero ya se acercaba el momento de la venganza, habiendo salido correos por todas partes para prevenir al general Kilmaine. Iban acudiendo tropas de diferentes puntos, y habia dado orden

aquel general al general Chabran ¹⁶ que marchase inmediatamente con 1200 hombres, al gefe de la legion lombarda Lahoz para que avanzase con 800 y á los generales Victor y Baraguey de Hilliers para que tambien acudiesen con sus divisiones. Mientras que se egecutaban aquellos movimientos de tropas, acababa de recibir el general Laudon la noticia de haberse firmado los preliminares y retirádose al Adige. Despues de un sangriento combate que se vió precisado á dar el general Chabran contra las tropas venezianas, quedó rodeada por todas partes la ciudad de Verona y entonces los furiosos que habian sacrificado á los Franceses pasaron desde la mas atroz violencia al mayor abatimiento. No se habia cesado de parlamentar ni de tirotear durante los dias desde el 20 al 24 de abril, pero volvieron á presentarse los magistrados venezianos y todavia querian garantías contra las venganzas que les amenazaban, y habiéndoles dado 24 horas para que se decidiesen, volvieron á escaparse de nuevo. Les reemplazó una municipalidad provisional, y al ver á las tropas francesas dueñas de la ciudad se rindieron á discrecion. Hizo cuanto pudo el general Kilmaine para impedir el saqueo, pero no pudo salvar el Monte de piedad que fue despojado de una parte de lo que habia en él; mandó fusilar á los mas conocidos entre los insurgentes cogidos

con las armas en la mano; impuso una contribucion de un millon y cien mil francos para el sueldo del ejército, y lanzó su caballeria por los caminos para desarmar á los paisanos y acuchillar á los que se resistiesen. Luego se esforzó por restablecer el órden y dió parte al general en gefe de todo lo ocurrido esperando su decision con respecto á la ciudad rebelde. Tales fueron las matanzas conocidas con el nombre de *Pascuas veronesas*.

Mientras que esto ocurría en Verona se estaba cometiendo en Venezia un acto mas odioso si es posible. Habia un reglamento que prohibia á los navios armados de las potencias beligerantes entrar en el puerto de Lido, bajo cuyas baterias se habia refugiado un quechemarin mandado por el capitán Laugier que hacia parte de la flotilla francesa en el Adriático y venia perseguido por unas fragatas austriacas, á quienes habia saludado con nueve cañonazos. Pero en lugar de recibirle le intimaron la órden de que se alejase á pesar del tiempo y de los navios enemigos que le perseguian. Iba á obedecer, cuando sin darle tiempo á largarse, hicieron fuego sobre él las baterias del puerto y le acibillaron sin piedad. Despechado el capitán Laugier con generoso celo, mandó bajar á la bodega á toda la tripulacion, y subiéndose al puente con una bocina para que le oyesen, repitió que se retiraba, pero cayó muerto de re-

pente con otros dos hombres de su tripulacion. Inmediatamente abordan el quechemarin unas chalupas venezianas montadas por esclavones y sacrifican á la tripulacion entera, menos dos ó tres infelices que condujeron á Venezia. Ocurrió este desgraciado suceso el dia 23 de abril.

En el mismo momento se supieron las matanzas de Verona, la toma de aquella ciudad y la firma de los preliminares, hallándose el gobierno enteramente comprometido, sin poder contar con la ruina de Bonaparte, que lejos de estar envuelto y batido, se hallaba victorioso y acababa de imponer la paz al Austria. Iba pues á encontrarse ahora en presencia de aquel general todo poderoso, cuya alianza habia reusado y cuyos soldados acababa de sacrificar. Llenóse de terror, por mas que no fuese verosimil que él hubiese mandado oficialmente la carniceria de Verona ni las crueldades cometidas en el puerto de Lido, porque seria no conocer la marcha de los gobiernos dominados por las facciones si lo diésemos por supuesto. Los que se hallan en semejante situacion no tienen necesidad de mandar lo que desean que se ejecute, bastando que dejen obrar á la faccion que está con los mismos deseos. Ellos la proporcionan sus medios y hacen por mano de ella lo que no se atreverian á hacer por sí mismos. Los insurgentes de Verona tenian artilleria y estaban apoyados por

los regimientos venezianos; el Podestá de Bergamo Ottolini habia recibido con mucha anticipacion todo cuanto necesitaba para armar á los paisanos y con eso una vez dados los medios, no necesitaba el gobierno mas que dejarlos obrar, y esto fue lo que hizo el de Venezia. Sin embargo en los primeros momentos cometió una imprudencia cual fue la de dar un premio al comandante de Lido por haber hecho respetar segun decia las leyes venezianas. Por tanto no podia lisonjearse de dar buenas escusas al general Bonaparte y así envió nuevas instrucciones á los dos comisionados Donat y Justiniani que por el pronto no estaban autorizados mas que para responder á las intimaciones hechas por Junot el dia 15 de abril. Entonces todavia no se sabian los sucesos de Verona y de Lido; pero ahora ya era muy distinto el negocio que tenian que desempeñar. Acudieron estos en medio de los gritos de alegria por la noticia de la paz aunque no tardaron en comprender que ellos solos tendrian motivo para entristecerse con tan gran suceso. Supieron en el camino que Bonaparte para castigarlos de no haber querido admitir su alianza, de los rigores que habian ejercido contra sus partidarios y de los asesinatos sueltos cometidos contra algunos franceses habia cedido una parte de sus provincias al Austria. ¿Y qué sería ahora cuando su-

piese los enormes sucesos que habian ocurrido?
 — Volvia ya Bonaparte de Leoben y segun el tenor de los preliminares replegaba su ejército á los Alpes y al Isonzo. Se encontraron con él en Gratz y se le presentaron el dia 25 de abril, cuando él todavia no sabia mas que las matanzas de Verona que principiaron el 17 de aquel mismo mes pero no tenia noticia de lo de Lido que pasó el dia 23. Se habian proporcionado una carta de recomendacion de un hermano del general para ser bien recibidos y se acercaron temblando en presencia de aquel hombre *verdaderamente extraordinario* segun decian *por la viveza de su imaginacion, la prontitud de su entendimiento y la fuerza invencible de sus opiniones.* Les recibió con urbanidad y conteniendo su furor les permitió que se esplicasen prólijamente hasta que rompiendo el silencio les dijo de pronto: «¿Están libres mis prisioneros? ¿Están perseguidos sus asesinos y desarmados los paisanos? Nada me importan las palabras, porque habiendo sido sacrificados mis soldados necesito una venganza ejemplar.— Quisieron los comisionados insistir en las circunstancias que les habian precisado á precaverse de la insurreccion y en lo inevitable de los desórdenes de tales acontecimientos asi como en la dificultad de encontrar los verdaderos asesinos. — A esto les replicó Bonaparte que un gobierno tan bien servido por sus espías como el

suyo no podia tener dificultad en conocer á los verdaderos instigadores de semejantes asesinatos por lo demas tengan ustedes entendido, les dijo, que no ignoro que es tan despreciado como despreciable y que no le es posible desarmar á los que armó, pero yo sabré hacerlo por mí mismo; he hecho la paz, tengo 80 mil hombres y sabré hacer añicos vuestras cárceles y me convertiré en un segundo Atila para Venezia. No quiero que ya exista ni inquisicion ni libro de oro porque son unas instituciones propias de los siglos de barbarie; vuestro gobierno es demasiado viejo y es indispensable que se derribe. Cuando yo me hallaba en Gorice ofrecí al señor Pezaro mi alianza y unos consejos razonables, pero él los reusó. Ustedes me esperaban á la vuelta para cortarme la retirada, pero ya estoy aquí con ánimo resuelto de no tratar sino de dar la ley, y así si no tienen ustedes otra cosa que decirme, pueden retirarse desde luego.

— Quedaron aterrados los enviados venezianos con aquellas palabras pronunciadas con tono altivo é irritado, y aunque solicitaron una segunda audiencia no pudieron ablandarle sino que insistió en las mismas intenciones, siendo evidente que su voluntad era dar la ley á Venezia y destruir por la fuerza una autoridad que no había podido corregir con buenos consejos. Pero bien pronto tu-

vieron nuevos motivos de temor al saber menudamente las matanzas de Verona y la odiosa crueldad ejercida en el puerto de Lido; con lo cual no atreviéndose á presentarse á Bonaparte, se determinaron á escribirle una carta de las mas sumisas, ofreciéndole cuantas esplicaciones pudiera desear. A ella les respondió que no podía recibirlos estando cubiertos de sangre francesa, y que solo les escucharia cuando le hubiesen entregado á los tres inquisidores de estado, al comandante de Lido y al oficial encargado de la policía de Venezia. Sin embargo como ellos habian recibido otro correo relativo al suceso de Lido consintió en verlos, pero reusó escuchar ninguna proposicion antes que le entregasen las cabezas que habia pedido. Entonces los dos venezianos procurando valerse de un medio que frecuentemente habia surtido efecto con la república, trataron de proponer otro género de reparaciones; pero le replicó el general irritado: «No, no, aun cuando cubrié-
« seis de oro toda esta playa y diéseis todos vues-
« tros tesoros y los del Perú, no podrian pagar la
« sangre de uno solo de mis soldados.»

Despidióles Bonaparte el dia 2 de mayo, y al momento publicó un manifiesto de guerra contra Venezia por mas que la constitucion no permitiese ni al directorio ni á los generales declararla, pero sí les autorizaba á repeler las hostilidades

principiadas. Apoyándose Bonaparte en aquella disposicion y en los sucesos de Verona y de Lido, declaró que estaban principiadas las hostilidades, mandó al ministro Lallemand que saliese de Venezia, mandó derribar el Leon de San Marcos en todas las provincias de tierra firme, municipalizar las ciudades, proclamar en todas partes la destruccion del gobierno veneziano, y entre tanto que llegaban sus tropas que volvian del Austria, dió orden al general Kilmaine para que condujese las divisiones de Baraguey de Hilliers y la de Victor á las orillas de las lagunas. Ejecutáronse inmediatamente sus determinaciones, que eran tan prontas como su furor y en un abrir y cerrar de ojos se vió desaparecer el antiguo Leon de San Marcos desde las orillas del Isonzo hasta las del Mincio, reemplazándole en todas partes un arbol de la libertad. Avanzaron las tropas y empezó á resonar el cañon frances en aquellas riveras que por tan largo tiempo no habian oido el cañon enemigo.

Podia muy bien la antigua ciudad de Venezia, situada en medio de aquellas lagunas, ofrecer todavía dificultades casi invencibles aun para un general que acababa de humillar al Austria, por que todas ellas estaban armadas. Tenia 37 gale-
ras, 168 lanchas cañoneras con 750 bocas de fue-
go y 8,500 marineros ó artilleros. Se componia su guarnicion de 3,500 Italianos y 11,000 Esclavo-

nes, con víveres para ocho meses, agua dulce para todos, y medios de renovar las provisiones. Nosotros no éramos dueños del mar ni teníamos lanchas cañoneras para atravesar las lagunas, sino que era indispensable avanzar con la sonda en la mano por unos canales desconocidos para nosotros y espuestos al fuego de innumerables baterías. Por atrevidos y valientes que fuesen los vencedores de Italia, podían ser detenidos con semejantes obstáculos y precisados á formar un sitio de muchos meses durante los cuales podían ocurrir muchos sucesos, como que el Austria podía muy bien desechar los preliminares volver á entrar en lid y ocasionar nuevos peligros.

Pero si bien presentaba muchos recursos la situacion militar de Venezia, su estado interior impedía que se hiciese en ella un uso enérgico, por que como sucede en todos los cuerpos envejecidos se hallaba dividida aquella aristocracia, sin tener los mismos intereses ni las mismas pasiones. La alta nobleza, que era dueña de los empleos, de los honores y disponia de grandes riquezas, tenia menos ignorancia, preocupacion y pasiones que la nobleza inferior, y sobre todo tenia la ambicion del mando. Pero la masa de la nobleza, escluida de los empleos, viviendo como de limosna, ignorante y furibunda, estaba llena de las verdaderas preocupaciones aristocráticas. Unida

con los clérigos escitaba al pueblo de consuno con él, como sucede en todos los estados en que la clase media no es bastante poderosa para atraerse el pueblo, compuesto de marinos y artesanos, gente dura, supersticiosa, medio selvática y dispuesta á entregarse á toda clase de furores. La clase media compuesta de vecinos acomodados, comerciantes, abogados, médicos etc., deseaba, como en todas partes que se estableciese la igualdad civil, alegrándose de la aproximacion de los Franceses, pero sin atreverse á manifestar su gozo al ver un pueblo que podía conducirse á los mayores excesos ántes que hubiese estallado la revolucion. A todos estos elementos de division se agregaba una circunstancia no menos peligrosa, cual era la de estar servido el gobierno veneziano por Esclavones, que era una soldadesca bárbara, estrangera y muchas veces en hostilidad con él, esperando siempre una ocasion para entregarse al saqueo, sin ánimo de servir á ningun partido.

Tal era la situacion interior de Venezia que amenazaba su próxima dislocacion. Los grandes que manejaban el gobierno se estremecian de entrar en lucha con un guerrero como Bonaparte, y por mas que Venezia pudiese resistir á un ataque, miraban con espanto los horrores de un sitio, los furores á que no dejarían de entregarse los dos partidos obstinados uno contra otro, los excesos